

ELOGIO DEL HOMBRE

El patrimonio antropológico cristiano

CARLOS AMIGO

¡Salgamos al encuentro del hombre de nuestro tiempo! A este hombre al que debemos una verdad sobre él mismo. Invitación obligada y valiente a la vez, a la que nos llama Juan Pablo II¹.

«Quizás —decía el Papa al episcopado latinoamericano— una de las más notorias debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es la época de las más hondas angustias del hombre respecto a su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes»².

Acudiendo a la llamada del Papa, salimos al encuentro del hombre. Llegamos hasta el hombre de hoy. Con sus luces y con sus pecados, con su debilidad y con sus grandezas. Y comenzamos con una declaración de intenciones: queremos hacer un elogio del hombre. ¿Se supone, entonces, que contemplaremos nada más que la vertiente positiva? ¿Elevaremos nuestro espíritu en una abstracción idílica soslayando una historicidad objetivamente marcada por la frustración y por la angustia? ¿Será un canto de nostalgia, desde la tristeza del destierro, al arquetipo ideal perdido?

La intención es bien distinta. Partimos del hombre concreto: en la tierra y con los hombres. Pero no queremos contemplar otro hombre sino el que existe, es decir: el creado por Dios y redimido por Jesucristo.

1. JUAN PABLO II, *Discurso a la Comisión Permanente del Episcopado Italiano* (23-1-79).

2. JUAN PABLO II, *Discurso al Episcopado Latinoamericano* (Puebla, 28-1-79).

1. *Hombre y Humanismo*

Advertencia previa: el hombre, en sí mismo, está considerado como el enigma más indescifrable del universo. Lo cual no debe ser motivo de abandonismo ni desánimo al adentrarnos en el camino del conocimiento humano, sino aviso de cautela para salir, ya de principio, pertrechados con las armas del respeto y de vigilante atención hacia un «objeto» de estudio importante y muy rico en contenidos diversos, pues el hombre es la gloria de Dios. ¡Con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar la palabra: hombre!³

El hombre se convierte en objeto de su propia reflexión; se pregunta sobre su origen y sobre su destino; reflexiona acerca de su misma identidad y esencia del ser-hombre. Busca una respuesta por los caminos más diversos de la ciencia. Y sobre todo, aunque las apariencias pretendan hacernos ver lo contrario, el hombre a quien de verdad busca es a Dios.

Y Dios, que tiene la respuesta a los interrogantes del hombre, nos la ha confiado a nosotros. Nosotros tenemos la respuesta de Dios: Cristo. En Cristo hallamos, no sólo el paradigma ético, sino la verdad antropológica del hombre.

Las fuentes por tanto, para inventariar el patrimonio cristiano han de ser, necesariamente, las reveladas y vividas en la experiencia del mismo hombre en el devenir de la historia de la salvación. Recorrer la peregrinación del hombre sobre la tierra, desde el origen hasta el final. Pero tanto en el punto de partida, como al término del camino, encontramos la misma insondable realidad: Dios.

¡Cuidado con el historicismo patético que pretende envolver la existencia del hombre en una tremenda angustia alienante, irreversible y fatal! Sí, en cambio, a una antropología científica, objetiva, dinámica, evolutiva, trascendente, en la que el hombre, no sólo es objeto de estudio, sino el protagonista activo de la ciencia y que, como sujeto susceptible de perfección, se autotransciende y autosupera a medida que va adentrándose en el conocimiento de sí mismo.

Una antropología utópica, irreal, estática e intrascendente, condena al despotismo filosófico que aparta de la reflexión el mismo objeto que trata de comprender y estudiar. Un extraño fenómeno de abstracción que intenta contemplar al hombre no en sí mismo, sino en un historicismo deshumanizante. Una forma de antropología cultural en la que el hombre aparece más como *faber, ludicus, oeconomicus, politicus...*, que como hombre total.

3. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso en el inicio del Pontificado* (22-10-78).

El hombre tiene que reconciliarse con el hombre que lleva dentro consigo mismo. Este es el primer paso a dar en una antropología cristiana: el acercamiento al hombre como valor en sí mismo, digno de ser querido y conocido. Un hombre que se convierte en autoproblema y busca una respuesta a este ser que tiene su «origen» en la tierra, pero que vive mirando hacia arriba. Un «objeto» especialmente preparado por la creación, ocupando un lugar de privilegio entre los animales. Ser que tiene vida y conduce su vida en un espacio de libertad. Puede conocer y conocerse a sí mismo y se proyecta en el mundo como imagen de Dios, su creador.

En el estudio del hombre, sea por el camino de lo físico, de lo psicofisiológico, de la filosofía o de lo teológico, se echa de menos una síntesis, abierta y dinámica, que sea principio de animación en el enorme caudal de conocimientos acerca del hombre. Sobre este ser distinto y único de la creación, pero sujeto a una naturaleza que lo configura y que, recíprocamente trata de dominar y someter. Una síntesis de conocimientos sobre el hombre, criatura de Dios y semejante a Dios, en situación existencial y con un pecado de origen, que vive en certeza de resurrección y que eleva su saber por la fe. Una síntesis que se llamaría: antropología cristiana.

Mientras la antigüedad se ocupaba del cosmos y el hombre no era más que otro objeto en la agrupación de los seres, la edad media lo veía muy ligado en la agrupación del universo. La edad moderna hizo al hombre sujeto de su propio conocimiento, aunque frecuentemente se cayera en el antropologismo reduccionista, es decir: confundir el hombre con la forma en que vive el hombre.

Positivismo, sociologismo, existencialismo fueron, a un tiempo, obstáculo y estímulo hacia el neohumanismo, pues despertaron el interés científico, la dimensión social y el espíritu histórico.

De un humanismo fideista, individualístico y estático, se ha pasado a una contemplación del hombre desde la fe, con una dimensión escatológica y ecuménica, es decir: orientada hacia un punto final, respetando la autonomía de cada ciencia y en armonía con todas ellas. Cristo como principio de unidad y como principio de finalidad. Así, de aquel hombre como individuo aislado, sin conciencia social, punto fijo en medio del cambio de universo, peregrino y extraño al cosmos, se ha pasado al hombre como persona inalienable, pero no aislado en su interioridad, sino vinculado a la sociedad, integrando interioridad y colectividad, y recorriendo, con la humanidad entera, el proceso de extensión-evolución y perfeccionamiento general del universo.

Un esfuerzo de síntesis que sale al encuentro del hombre con su propia cultura, de diálogo entre la ciencia y la fe que integre el conocimiento sobre el hombre, desde la consideración del ser humano como

una especie de máquina, más o menos perfecta (antropología física-homo *physicus*) y ente racional, punto *a quo* y término *ad quem* en el mismo acto del filosofar (antropología filosófica-homo *theoricus*), hasta el hombre como criatura llamada en Cristo y, en El, hecho hijo adoptivo del Padre, al cual está unido por el Espíritu Santo, en el seno de la Iglesia y esperando, en el mundo, la Parusia.

Pero esta armonía de la síntesis quiere destruirse, invocando humanización y progreso antropológico, con un intento de erradicar cuanto suponga trascendencia o conocimiento teológico del hombre.

«...vivimos una etapa de tentación particular para el hombre.

Conocemos etapas de esta tentación, comenzando por la primera, en el capítulo tercero del Génesis, hasta las tentaciones tan significativas a que fue sometido el mismo Cristo; son como una síntesis nacida de la triple concupiscencia. La tentación actual, sin embargo, va más lejos (casi se podría decir que es una 'metatentación'); va más allá de cuanto, en el transcurso de la historia, ha constituido el tema de la tentación del hombre, y manifiesta al mismo tiempo, se podría decir, el fondo mismo de toda tentación. El hombre contemporáneo está sometido a la tentación del rechazo de Dios en nombre de su propia humanidad »⁴.

2. *Distinto y único en el universo*

Aunque nos resistamos a aceptar que una de las características fundamentales de nuestra época sea el sinnúmero de tensiones y divisiones que afectan a la humanidad, tampoco queremos ser ni angelistas ni evasivos. Aceptamos la situación. Tensa, pero con la esperanza de que el hombre, guiado por la sabiduría de Dios que todo lo ordena con bondad y amor (Gn 1,31), pueda contribuir eficazmente a la llegada de un mundo nuevo.

El panorama es sobrecogedor: violencia, opresión de los pobres, materialismo, guerras, resquebrajamiento de la familia, terrorismo, acelerado deterioro de la convivencia, indiferentismo religioso, injusticia y conculcación de derechos fundamentales...

Al finalizar la VI Asamblea General del Sínodo (octubre 1983), los obispos dirigían un mensaje a los hombres de buena voluntad en el que deploraban y condenaban «la privación de los derechos humanos y los ataques a la dignidad y libertad de los hombres, así como a la vida

4. JUAN PABLO II, *Discurso a la Conferencia Episcopal Francesa* (1-6-80).

y a las posibilidades de acción de los indefensos; los obstáculos a la libertad religiosa, que impiden a los creyentes realizar sus deberes y llevar a cabo sus tareas; toda discriminación racial; toda guerra de agresión, la violencia y el terrorismo; la acumulación de arsenales, sobre todo atómicos, y el escandaloso tráfico de armas de guerra; la injusta distribución de los recursos del mundo y esas estructuras con las que los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. En el mundo abunda la injusticia y pelagra continuamente la paz. Sin embargo, la esperanza jamás puede extinguirse. En medio de este profundo dolor, el corazón humano nunca deja de anhelar la vida y el amor. Sin embargo, el mismo corazón humano está dividido y es pecador. Por eso, de él han brotado con frecuencia la crueldad y la injusticia de la sociedad en que vivimos.»

Si el hombre ocupa un primer lugar de interés en la reflexión cultural contemporánea, también es cierto que ese mismo hombre es objeto de las mayores agresiones, tanto a su dignidad humana como a la esencialidad de ser distinto y único en el universo de todo lo creado. Atentados que constituyen el mayor obstáculo para el desarrollo integral del hombre.

Quiso la filosofía clásica — que no la Biblia — y ha sido problema de todas las épocas, dar unidad a la dispersión de conocimientos sobre el hombre. La antropología moderna intenta un proyecto de integración unitaria en el que las distintas funciones, fases, niveles y formas de la personalidad quedaran encuadradas en una perfecta unidad psicosomática. Desde la llamada vida vegetativa y humoral, hasta la vida sobrenatural, incluyendo psíquico y mental, lo empírico de las cosas y de las personas, las ideas y los conceptos, los campos de conocimientos racionales y de los sentimientos. Una «esencia-existencial» que integra las estructuras orgánicas y la vida espiritual. Que extendiera el conocimiento y la acción del hombre a todo el ámbito posible de presencia de lo humano.

San Buenaventura elaboró un intento: «*De reductione artium ad theologiam*». No sé si la ciencia moderna pretende la *reductio ad anthropologiam*, aunque la continua agresión a lo que consideramos valor fundamental de lo humano proyecte muchas dudas acerca de la intencionalidad primera de la investigación en torno al hombre.

3. Pecado y reconciliación

No sólo es insuficiente, sino injusto, el negativismo que detecta el mal y se complace, con sutil morbosidad, en la ausencia del bien.

Hay que llegar hasta la raíz, hasta el fondo del hombre. Lo que ocurre en el mundo no es sino reflejo de la profunda tensión que en el interior del hombre ha producido el pecado. El hombre que es autor del pecado y sujeto de la culpa. Pero esta conclusión, tan evidente desde lo revelado, hay que explicársela al hombre de hoy y, sobre todo, señalarle caminos que lleven a una liberación total del pecado.

Secularización, falta de sentido de pecado, olvido de Dios y de la dimensión religiosa del hombre, conducen a la irresponsabilidad moral en la que el hombre, envuelto en un ambiente donde las coordenadas morales que lo regulan no dependen de su decisión personal, sino que le son impuestos por una necesidad en la que debe vivir, se ve limitado y fuertemente condicionado en el libre ejercicio de su libertad personal. No es de extrañar, pues, que continuamente se presenten interrogantes acerca de la conciencia de la libertad humana y cristiana, de la conciencia psicológica y de la conciencia moral, de la relación entre el antivalor religioso y social del pecado, el sentido de autonomía de la conciencia del hombre contemporáneo y la vinculación entre el pecado estructural y las responsabilidades personales.

No basta con detectar el mal y condenarlo, dejando al hombre, indefenso y deshumanizado, en la angustia continua de vivir en un medio hostil. Mucho peor, todavía, el caer en la presuntuosa tentación del *ateísmo humanizante*. Hay que acercarse al hombre y ayudarle a sacar, de lo profundo de su corazón, el deseo de renunciar a la alienación que el pecado ha provocado en él.

La cultura actual no comprende las *razones* de la fe. Se impone un proceso de reconciliación: que la fe sea vivida en el mismo corazón de cada pueblo.

Los hombres buscan razones para vivir y para esperar. La reconciliación, para que sea creíble, tiene que presentarse como una *teología de la vida feliz*. Teología de la vida reconciliada en Cristo.

Pero, como don de Dios, la reconciliación no puede reducirse a la conciliación. Dios toma la iniciativa y ofrece la misericordia para restablecer la comunión entre El y los hombres. Cristo la realiza históricamente cumpliendo la misión del Padre, y la comunica a la Iglesia en forma visible y sacramental.

a. *Reconciliación del hombre con su propia humanidad*

El primer paso es la reconciliación del hombre con su mismo ser-hombre. Aceptar la propia esencialidad. Quererse tal como es: incomprendible para sí mismo, pero con una fuerza interior capaz de

autosuperación y de transformación, de conversión moral y de acercamiento transcendental. En otras palabras: aceptarse como hombre pecador y redimido; como vaso de arcilla, pero lleno de gracia santificante. Que puede reconciliarse con su propia humanidad, con su ser-hombre, en la medida en que se acepte como remodelado a imagen de Cristo.

En palabras de Juan Pablo II: «Cristo constantemente devuelve al hombre *la alegría de ser hombre*»⁵.

b. *Reconciliación cósmica*

No es una parte más entre lo creado. El hombre es el centro, el que da sentido a la creación. Para él fueron creadas todas las cosas. Para que dominara el universo y sirviera a Dios. La creación ha sido como un regalo, un don de Dios para el hombre. Al aceptarse como criatura da el sentido de su propia corporalidad dentro de los seres visibles, pero con la conciencia de ser-distinto, de interioridad, de llevar en él algo de la sabiduría creadora de Dios. Pues el Creador no sólo dio al hombre un mundo visible, sino que le hizo participe de su misma vida divina. Después de la caída y de la redención, y ya hombre nuevo en Cristo, debe trabajar en el tiempo de manera creativa para construir un mundo nuevo que ofrecer al Señor en el día de su retorno.

Un trabajo continuo en el que el hombre tiene miedo a la misma obra de sus manos, de su inteligencia y de su voluntad, pues si bien en el trabajo el hombre puede expresar su mejor capacidad de amar y de vivir, también puede ocurrir que, tentado de apropiación y monopolio del bien y del mal, deje que la técnica domine sobre la ética, las cosas sobre las personas, la materia sobre el espíritu⁶.

Porque el hombre es reflejo de Dios en el mundo y crece y se desarrolla en armonía con cuanto le rodea. El hombre se encuentra con el mundo. Un encuentro vivo, reconciliador, oferta liberadora que va más allá del horizonte visible de las cosas. Ni puede reducirse a la coexistencia, ni a la tolerancia de cohabitación en el mismo espacio cósmico. Porque sería autosuficiencia y, la simple coexistencia, limitativa del encuentro, que resulta fallido en el logro de la comunión personal y reduce a lo singular o a la masificación que, anulando la

5. JUAN PABLO II, *Alocución* (20-4-80).

6. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 15.

riqueza de la diversidad, no acepta el valor y el derecho a las diferencias.

El encuentro del hombre con el universo es interpelación, llamada para que todo lo creado pueda responder al querer de Dios desde la propia autonomía de cada ser y con una voluntad de perfección esencial, de docilidad interior al imperativo de la más íntima esencia. La alteridad, los elementos recíprocos, la comunicación, no pueden situarse a niveles idénticos, pues el diálogo del hombre con el universo, más que intercambio es anuncio, profecía.

Cada uno seguirá su camino. Es la profecía que proclama el hombre. Será lo que es. Con autenticidad. Las flores tendrán que alegrar la naturaleza. El fuego que calentar. El ofendido llegar al perdón. Los hombres hacer la paz. No es sacar y destruir, sino llevar cada cosa a su individualidad física, vital, humana, redimida.

Es liberación del fatalismo, de la irremediabilidad del mal, del inmovilismo y de la alienación, para meterse en la fidelidad de la existencia con el ser más propio de cada uno, libres ya de cualquier suficiencia que sobrepasa y desfigura la personalidad, la imagen, lo verdadero. El hombre sólo puede anunciar con libertad cuando se ha llenado del amor de las cosas. Cuando se ha con-vertido a la creación y ha visto que allí estaba Dios.

Aquí podíamos hacer una paráfrasis del salmo: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (Ps 8,6). Pero esa explicación ya la ha dado Cristo en su resurrección. Dios se manifiesta en la creación como anticipo de la consumación de todo en Cristo.

«La creación y la salvación son dos momentos de un único plan de Dios que lo abarca todo. Es empobrecer la figura de Jesús y su dimensión el verlo exclusivamente como «redentor», es decir, como aquél que, presupuesto el pecado, vino a reparar algo que alguna vez estuvo bien sin él. El carácter de superador del pecado del hombre es esencial para entender la obra de Jesús. Pero ello no debe cerrarnos los ojos a algo tan esencial como lo anterior: Jesús es el 'logos' o razón de cuanto existe, es el mediador y la meta de toda la creación. Lo cristiano no puede ser entonces una superposición a lo humano, sino lo humano en su plenitud. Con ello no queremos decir que lo que normalmente consideramos humano sea sin más cristiano. No puede ser así porque lo cristiano no puede sacar su medida de nada que no sea Cristo mismo. No es lo humano medida de lo cristiano, sino lo cristiano medida de lo humano. Pero todo lo humano puede ser cristianamente asumido, porque Cristo ha asumido toda la condición del hombre, menos el pecado».⁷

7. L. LADARIA, *Antropología Teológica*, Madrid 1978, II, 52-53.

c. *Reconciliación social*

«Adoptar al hombre como criterio —afirmaba Juan Pablo II— quiere decir comprometerse en la transformación de toda situación y realidad injusta, para convertirlas en elementos de una sociedad justa»⁸.

No se puede pensar en la paz de Cristo sin pensar en la paz social, pues aunque no se identifiquen, están indisolublemente unidas. Igual que no es posible que la Iglesia anuncie una conversión del hombre que no incluya la conversión de su vida social, política, económica y cultural.

El hombre no puede permanecer en la indiferencia ante una sociedad injustamente estructurada. Sería colaborar con el pecado. La conversión social no es algo político, dejado al arbitrio de cada uno, sino expresión necesaria y elemento intrínseco de reconciliación personal.

El Verbo de Dios, encarnándose, unió indisolublemente lo humano y lo divino. Ahora no se puede separar a Dios de las experiencias humanas. Dios está en lo íntimo de cada realidad histórica.

d. *Reconciliación cultural*

El hombre siente, piensa y se comporta de una manera distinta a como vivía y pensaba ayer. Emerge una cultura nueva. No como acumulación de datos, sino como participación en un contexto existencial distinto en el que el hombre se hace protagonista insustituible.

Nueva cultura que es un reto continuo al hombre. Lo desafía. Sobre todo interpela al hombre creyente para que ofrezca una respuesta desde la fe, asumiendo al mismo hombre en su historicidad, dándole razones para vivir y para esperar, ayudándole a construir y afianzar los valores y derechos indeclinables y fundamentales, abriéndole a una solidaridad más universal y, también, empeñándose en una reacción valiente y positiva ante la contracultura del fatalismo, el subjetivismo moral nihilista, el panculturalismo sustitucionista de lo religioso, la secularización o el materialismo en todas sus formas.

Fe y cultura: un tema de actualidad. Urge el diálogo con los valores humanos y seculares de la ciencia. Urge, ante todo, impregnar la sociedad moderna con el espíritu del evangelio. Asumir y ofrecer. Aceptar, en postura abierta y crítica, un mundo pluralista en el que se

8. JUAN PABLO II, *Homilía en Bahía* (6-6-80).

pueda vivir la exigencia cristiana de la fe, desarrollando la libertad personal, el valor del hombre y su dignidad, la autonomía de la ciencia, el derecho a construir el reinado de Cristo, aceptando las categorías culturales en que se desarrolla la historia de la salvación.

«La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal del hombre»⁹.

4. *En el misterio de Cristo*

Pero nada sería comprensible para nosotros sin el misterio de Cristo, pues Dios buscó al hombre y le dio la posibilidad de participar en la vida divina, pero elegido en la persona de su Hijo Jesucristo. Es Dios quien sale al encuentro. Por el misterio de la encarnación, el hombre es asumido en el hombre nuevo total que es Cristo, y en el cual se va haciendo el camino para la historia del hombre.

«...hay un solo camino; es el camino experimentado desde hace siglos y es, al mismo tiempo, el camino del futuro. Cristo Señor ha indicado estos caminos, sobre todo cuando —como enseña el concilio— ‘mediante la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre’. La Iglesia establece, por lo tanto, su cometido fundamental en lograr que tal unión pueda actuarse y renovarse continuamente. La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del mundo y del hombre, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella»¹⁰.

«El mismo es nuestro camino hacia la casa del Padre y es también el camino hacia cada hombre. En este camino que conduce de Cristo al hombre, en este camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie. Esta es la exigencia del bien temporal y del bien eterno del hombre. La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio que constituye la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que le amenaza»¹¹.

9. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 29.

10. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 13.

11. *Ibidem*.

Enviado de Dios para el encuentro con el hombre, Cristo se une a cada hombre en el misterio de la encarnación y recorre la existencia humana. Todas las cosas convergen en el hombre, el hombre en Cristo y Cristo en Dios.

La Iglesia tiene un primer camino que recorrer, y un primer derecho en el que no puede ser detenida por nadie: el hombre. Se le ha confiado por el misterio de la Redención, y para ésto fue fundada: para la salvación del hombre, hijo de Dios por adopción obtenida en Cristo y por la gracia del Espíritu Santo. «Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientada al Padre en Cristo Jesús»¹²:

5. *Antropología cristiana: el hombre nuevo*

Teilhard de Chardin intentó abrir un camino nuevo para orientar al hombre que estaba perdido en el espacio y en el tiempo, y explicarle su origen, libertad y destino. Quiso hacerlo en un lenguaje que pudiera ser entendido por el hombre de hoy: científico-positivo (la hiperfísica como fenomenología universal), ontológico (afirmación del ser), histórico (hecho-en-el-tiempo), dialéctico (proceso de complexificación y subida de conciencia).

El hombre ha llegado a ser por evolución; más aún: toda la evolución biológica tendía hacia él. Pero el hombre, al mismo tiempo, es un producto nuevo de la evolución total del universo: «entre el hombre y todo lo que le precedía hay un cambio de estado, una ruptura». El hombre trasciende la materia y la animalidad, representa una superación del instinto y una apertura ilimitada a la acción, a la elección y a la libertad. El hombre, por otra parte, es un ser inacabado y consciente de su inacabamiento y de su temporalidad. Está en tensión continua hacia más ser, hacia la eternidad y el Absoluto. Dotado de una estructura psíquica compleja, su pensamiento es capaz de la verdad, con capacidad para unificar y objetivar la realidad extramental y con la posibilidad de poder expresar la verdad de los fenómenos, y por analogía, las realidades espirituales. Capaz de entrar en relación con sus semejantes y así lograr una comunicación interpersonal en la que encontrará complemento a sus insatisfacciones. Por su carácter biológico y corporal posee una afectividad compleja, ambigua, capaz de desorden y, al mismo tiempo, energía muy valiosa porque provoca la acción y el amor.

12. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 1.

Sujeto a la muerte: En sí la muerte es una incurable debilidad de los seres corporales, complicada en nuestro mundo, por la influencia de una caída original. Y bien, el gran triunfo del Creador y del Redentor, en nuestras perspectivas cristianas, es haber transformado en factor esencial de vivificación lo que en sí es un poder universal de aminoración y de desaparición.

La obra de Teilhard de Chardín continúa sometida a crítica, pero su repercusión en la antropología cristiana ha sido evidente. Teilhard dijo en un lenguaje nuevo, lo que ya tantos teólogos clásicos habían reflexionado sobre la resurrección de todo en Cristo.

La verdad sobre el hombre, la auténtica y primera verdad sobre el hombre, sólo puede comprenderse mirando al estado de inocencia original, es decir, contemplando el misterio de Cristo. Es Cristo quien manifiesta, quien revela la verdad total sobre el hombre.

a. *El hombre nuevo*

No hace falta que intentemos diseñar un retrato-robot del hombre-cristiano. Tenemos la imagen perfecta en Jesucristo y en el hombre que nace como criatura nueva con la participación en el misterio de Cristo muerto y resucitado.

El hombre, creado y sujeto a la caducidad, llamado y elegido por Dios en Jesucristo. Con una dignidad y un valor inmenso que no provienen de sí mismo, sino por don recibido: Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza. Imagen que da sentido a la existencia humana en la tierra y que es prenda de una Alianza: tu eres imagen mía y yo soy tu Dios. En la medida en que el hombre rompe el pacto y se aleja de Dios, se desfigura la imagen. El acercamiento a Cristo, en escucha y fidelidad, configura de nuevo al hombre con la semejanza primera.

«Todo lo que ha surgido de la potencia de la palabra de Dios es *bueno*, el hombre es 'muy bueno'. A este hombre Dios le ha confiado el dominio del mundo; precisamente por ello, para que ocupe su lugar, lo ha creado a su imagen y semejanza. Este tema de la imagen ha sido utilizado en el Nuevo Testamento con sentido cristológico: la imagen de Dios es Jesús, el hombre por excelencia (Col 1,15; 2 Cor 4, 4). Nosotros, por el contrario, estamos llamados a ser imágenes suyas, ya ahora (2 Cor 3, 18; cfr. Col 3, 10), pero sobre todo cuando lleguemos como él, a la plenitud de la resurrección (Rom 8, 29; 1 Cor 15, 49). La imagen que ya tenemos y somos es una llamada a la imagen que seremos. Nuestro proceso vital es precisamente el paso de ser imagen del primer Adam terrestre al celeste (1 Cor 15, 49). Esta noción de imagen de Dios es dinámica, no se nos da de

un momento para siempre. Por ello mismo todo el ser del hombre en el camino hacia Cristo es un proceso abierto que sólo en el más allá encontrará consumación»¹³.

Como única criatura en la tierra a la que Dios ha querido por sí misma, el hombre tiene capacidad de amar, sobre todo de amor a Dios, y de sentirse querido por El. Esta relación con Dios es lo que verdaderamente define al hombre.

Sujeto a la muerte, pero dotado de interioridad espiritual, desarrolla la existencia en una visión futura. Resucitará en el último día y sus obras serán juzgadas ante Dios. Pero mientras peregrina en la tierra tiene como benévolo aliado a Dios, que se ha puesto a su lado, en Cristo, para mostrarle de forma inequívoca la senda de la existencia cristiana.

Cristo es el hombre por excelencia, pero también lo es el cristiano que se ha dejado acoger por Dios mediante la cruz, la resurrección y la gracia del Espíritu Santo. Por el bautismo ha muerto al pecado y se ha dejado transformar por Cristo, hasta tal punto que puede decir: «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

Dignidad, valor y esperanza del hombre que han sido salvados en la Cruz. Nueva alianza en la que Dios se entrega al hombre en la cruz; y el hombre, que acoge a Dios, lo recibe mediante la cruz.

Perteneciendo a una comunidad fraterna, que es la Iglesia, el hombre celebra los misterios del Señor, hasta el retorno en el último día; practica la caridad y el amor según el mandamiento recibido; orienta toda su vida según la Buena Noticia que se le ha dado.

Esta comunidad, aunque animada y vivificada por el Espíritu, no es simplemente espiritualidad, sino que tiene una estructura social. Está formada por hombres y vive entre los hombres, sintiendo, todos los días, la fragilidad de lo humano. Pero, con la fuerza del Espíritu, trabaja constantemente por la justicia y el amor entre los hombres.

«El cristiano se convence, cada día más, de la dificultad enorme de su compromiso: debe ir contra corriente, debe dar testimonio de verdades absolutas, pero no visibles; debe hacerse responsable incluso del prójimo para iluminarlo, edificarlo, salvarlo. Pero sabe que no está solo. Dios está con él»¹⁴.

13. L. LADARIA, *o.c.*, p. 59.

14. JUAN PABLO II, *Homilia en Nettuno* (1-9-79).

b. *Respuesta cristiana a la situación del hombre.*

Hemos querido hacer en estas páginas un elogio del hombre, es decir: un elogio de Dios creador, redentor y Señor del hombre. El patrimonio antropológico cristiano no tiene otro caudal sino es la asunción del hombre por Dios en Jesucristo.

El hombre tiene hambre y no sólo de pan. También de alegría, serenidad, justicia, belleza, paz, amor. Es decir: tiene hambre de Dios. Las carencias y la solución tienen su origen en el mismo corazón del hombre. ¿Por qué no pone, pues, el remedio?

Porque tiene miedo. Porque se tiene miedo a sí mismo, a su libertad responsable. Pero, al mismo tiempo, no puede renunciar a ser lo que es.

El camino es la humildad. Humildad que es confianza en el propio valor del hombre —entendido en el lenguaje más puramente cristiano— y en la capacidad de interiorización para saber descubrir en el hondón de su propia existencia la huella y el aliento de Dios. Y autotranscenderse, con sentido de protagonismo y responsabilidad, hacia una tierra y unos hombres que han sido creados para él, para que los sirva.

Muchos y muy grandes son los intereses que acucian al hombre, pero Cristo tiene la respuesta para todas las preguntas. La Iglesia debe estimular y recoger el ansia espiritual del hombre y llevarle al encuentro con Cristo. Allí encontrará también a sus hermanos.

Juan Pablo II, comentando la carta de San Pablo a los Efesios, señalaba un programa concreto de vida cristiana:

- es necesario, ante todo, abandonar la mentalidad mundana y pagana;
- cambiar la mentalidad mundana y terrestre en la mentalidad de Cristo;
- aceptar todo el mensaje de Cristo sin reducciones de comodidad, y vivir según su ejemplo: en justicia y santidad verdaderas.

«...Se trata de un programa muy comprometido; bajo ciertos aspectos, podría decirse, desde luego, heroico; sin embargo, debemos presentarlo a nosotros y a los demás en su integridad, contando con la acción de la gracia, que puede dar a cada uno la generosidad de aceptar la responsabilidad de las propias acciones en perspectiva eterna y para el bien de la sociedad»¹⁵.

15. JUAN PABLO II, *Discurso al Centro Italiano de Solidarietà* (5-8-79).

Hemos llegado al final de estas reflexiones acerca del patrimonio antropológico cristiano. Y mis últimas palabras no pueden ser otras que aquellas que leemos en el primer capítulo de la historia de la salvación:

«Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó... y los bendijo Dios y les dijo: sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla... Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno» (Gn 1, 27.28.31).

El elogio, pues, del hombre, no le hemos hecho nosotros, sino Dios.

Mons. C. Amigo
Palacio Arzobispal
SEVILLA

